



POESÍA

LEÍDA EN EL SOLEMNE ACTO
DE ADJUDICACIÓN DE PREMIOS
Á LOS NIÑOS Y NIÑAS QUE LOS MERECIERON
EN EL CERTAMEN LLEVADO Á CABO
POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
DE CÓRDOBA, EN 6 DE JUNIO DE 1884.

SONETO

FELIZ el joven que en su edad primera
esforzado consigue la victoria
del talento divino, cuya gloria
es sol que alumbra en inmortal esfera.

Quizás en brillantísima carrera
dareis nombres ilustres á la Historia,
y venerando fiel vuest ra historia
os podrá saludar España entera.

De Minerva, en el templo soberano,
ofreced á esta Diosa el excelente,
propio tributo del ingenio humano;

Conservad sus preceptos en la mente,
y el sabio brote, cual clavel ufano,
del cáliz do se encierra el inocente.



EL POETA



El Poeta

Al que lo es en grado eminente, mi querido amigo
el Sr. D. Antonio Fernández Grilo.

EN áspera soledad
va cruzando por el mundo,
sintiendo anhelo profundo
de gloria y de eternidad.
Al amor, á la amistad,
al noble y santo heroísmo
canta en su bello idealismo;
aunque de abrojos cubierto
ve su camino desierto
y al final halla un abismo.

Le da encantos la ilusión,
le da alientos la esperanza,
y en busca del bien se lanza
su atrevida inspiración.
Lleno de ardiente ambición

ve el mundo pobre y pequeño,
 pues cifra todo su empeño
 en abarcar lo infinito,
 y su ser parece un mito
 y su vivir es un sueño.

En el hondo padecer
 halla visos de ventura,
 y con dejos de amargura
 gusta el néctar del placer;
 con valor logra vencer
 de la suerte los rigores;
 si los ajenos dolores
 contempla en llanto deshecho,
 las espinas de su pecho
 sabe convertir en flores.

Que para el supremo instante
 en que el hado cruda guerra
 le mueve, su pecho encierra
 fortaleza de diamante.
 Rendido queda triunfante;
 subyuga cuando suspira
 por la magia de su lira
 y el poder de sus canciones;
 ¡asombra con sus creaciones!
 ¡con sus desgracias admira!

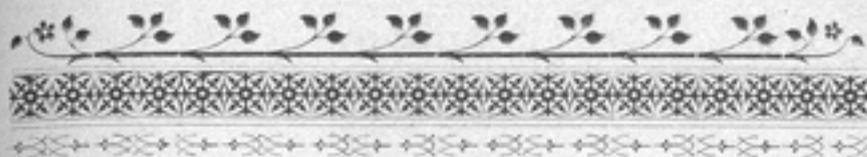
Dando culto á la belleza,
 la justicia y la verdad,
 eleva con magestad
 entre lauros su cabeza.
 Astro que brillante empieza

á tender su raudo vuelo,
 llega á la cumbre del cielo,
 roba al sol su luz divina,
 el universo ilumina,
 cría flores y rompe el hielo.

El hombre vulgar no ve
 del génio insigne la alteza:
 no comprende su grandeza
 y no concibe su fe.
 En su ignorancia no cree,
 que quien cumple una misión
 superior á la razón,
 disfrutó de un paraíso
 que el eterno encerrar quiso
 dentro de su corazón.



DICHOSOS Y DESDICHADOS



DICHOSOS Y DESDICHADOS

ESCALA ASCENDENTE

DICHOSOS

Un Enamorado

SIN dinero, sin favor
y en prematura horfandad,
sirvo á un adusto señor;
mas los goces del amor
endulzan mi soledad.

Un Independiente

Nunca halago y nunca ofendo;
ni envidiado ni envidioso,
rico ó sabio ser pretendo,
y me hace vivir dichoso
ver que de nadie dependo.

Un Rico

Mi trabajo individual
y de mis padres la herencia
me han dado un gran capital;
soy persona principal
y hombre de mucha influencia.

Un Héroe

Yo para mandar nací;
trémulo de admiración
se postra el hombre ante mí;
con mi espada y mi ambición
todo el mundo sometí.

Un Génio

Ante mi gloria esplendente
la erguida cerviz inclina
el magnate prepotente,
que le encanta y le fascina
el lauro eterno en mi frente.

Un buen Padre

¡Cuán dulce cosa es gozar
de la fama de hombre honrado
y ser el rey de mi hogar,
de mis hijos rodeado
y de una esposa ejemplar!

ESCALA DESCENDENTE

DESDICHADOS

Un Trabajador

¡Qué afanoso el día presente
y qué incierto el de mañana
para aquel que piensa y siente
cuando su sustento gana
con el sudor de su frente!

Un Hospiciano

Tu trabajo á la verdad
es manantial de contento,
fuente de felicidad;
mas yo debo mi sustento
á la oficial caridad.

Desprendido de mí mismo
he dejado de ser hombre;
de la suerte el negro abismo
sembró mi dicha y mi nombre;
ya sólo soy un guarismo.

Un Preso

Mi destino es aun peor,
pues que del génio del mal
hícame vil servidor,
y perdí por criminal
la libertad y el honor.

Un Enfermo

La vida que en tí rebosa
te hace sentir y gozar:
mas yo al borde de la fosa
voy perdiendo aun la preciosa
libertad de respirar.

Un excéptico Moribundo

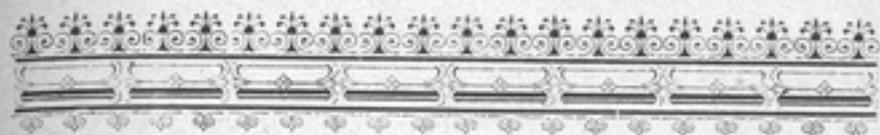
Yo también sin gloria muero,
y al final de la jornada
no siento, pienso ni quiero,
y es la quietud de la nada
el único bien que espero.

Un Idiota

Yo que inconsciente nací,
marcho y no sé á dónde voy:
no recuerdo lo que fui,
tampoco sé lo que soy,
y siempre he vivido así.



LAS DOCE DE LA NOCHE



LAS DOCE DE LA NOCHE

POEMA

I

En la fértil y hermosa Andalucía
hay un florido valle entre unas sierras
que cual fuertes pilastras de granito
á sostener la bóveda se elevan
del cielo azul. En la frondosa falda
de estos montes, oculta en la maleza
y circundada de gigantes rocas,
hay una gruta misteriosa y bella
que esconde en sus oscuras soledades
al nùmen popular de la leyenda.
A la entrada, guardando aquel recinto,
se alza tosca una cruz de oscura piedra.
Lejos, como bandada de palomas
en verdes redes y entre flores presas,
cubren, blancas y limpias, la llanura
las pobres casas de mezquina aldea.

II

Cuando la triste silenciosa noche
 con soplo helado apaga la lumbrera
 solar, en los sencillos aldeanos
 hondo terror supersticioso reina,
 y nadie sale al campo, ó á lo menos
 á la temible gruta no se acerca,
 pues se sabe que arrostra el infortunio
 el osado mortal que allí penetra.
 Sin contar de los siglos ya remotos
 las tenebrosas lúgubres consejas
 creídas por el vulgo, se refiere
 un suceso actual que las renueva.

Pedro, mozo arrogante y envidiado,
 feliz amaba á la sencible Elena,
 más bella que las brisas de la aurora
 cuando entre rosas en Abril despierta.
 Cupo después la suerte de soldado
 al buen Pedro; con lágrimas y quejas
 contra el destino, la doncella linda
 le despidió, que su amorosa pena
 durante algunos meses fué profunda;
 mas ¡hay! cuán pronto el pecho se consuela
 de la mujer voluble! Un nuevo novio
 la distrajo, y en dulces confidencias
 de amor pasaban sin sentir los años.
 Vuelve Pedro una noche, ¡noche horrenda!
 acababa el reloj de dar las doce;
 cantaban la lechuza y la corneja.
 Sentados á la entrada de la gruta

los dos amantes conversaban. Ella
 ve á Pedro, se extremece, lanza un grito.
 El, á la lucha intrépido se apresta.
 Riñen con loco ardor, y Pedro triunfa.
 ¡La dicha es débil! ¡El furor da fuerzas!
 A los piés de la cruz, el nuevo amante
 vierte la sangre toda de sus venas.

III

Huyó Pedro temiendo á la justicia,
 ya sin amor, sin dicha, sin creencias,
 y nadie desde entonces ha podido
 tener noticias fidedignas, ciertas,
 del triste criminal. ¿Por qué con gloria
 no murió, cual los bravos en la tierra?
 Quedó con el suceso consternada
 la humilde gente de la pobre aldea.
 Elena, triste, lánguida, afligida,
 como luz á quien falta la presencia
 del aire, va muriendo á lento paso.
 Ya sin brillo sus ojos se concentran,
 y parece que miran al abismo,
 donde gime entre sombras su conciencia.
 De su faz huye la purpúrea rosa,
 y el pálido jazmín reinando queda.
 Mudos están sus hechiceros lábios,
 donde alegres las gracias ya no juegan.
 El intenso dolor que silencioso
 en sus entrañas sin piedad se alberga,
 á un piélago de lágrimas ha puesto
 gallardo cierre de coral y perlas.